

13/2018

13 de febrero 2018

*Javier Morales Hernández**

Rusia en el análisis geopolítico
occidental: entre Mackinder y
Kennan

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

Rusia en el análisis geopolítico occidental: entre Mackinder y Kennan

Resumen:

La geopolítica ha sido uno de los enfoques más utilizados para el estudio de la política exterior de Rusia. Las ideas de autores como Halford Mackinder o George Kennan siguen presentes en distintas formas en el debate público, aunque a menudo descontextualizadas del momento histórico en el que fueron propuestas. Por otra parte, desde la anexión rusa de Crimea, algunos análisis realizados en Occidente han utilizado argumentos similares para justificar la existencia de una supuesta «nueva Guerra Fría». Sin embargo, es necesario adoptar un marco de análisis más amplio para superar el determinismo geográfico e histórico de la geopolítica clásica.

Palabras clave:

Geopolítica, Mackinder, Kennan, Rusia, Eurasia.

Russia in Western geopolitical analysis: Between Mackinder and Kennan

Abstract:

Geopolitics has been one of the most widely used approaches to the study of Russia's foreign policy. The ideas of authors such as Halford Mackinder or George Kennan are

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Opinión** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

still present in different forms in the public debate, although they are often decontextualized from the historical moment in which they were proposed. On the other hand, since the Russian annexation of Crimea, some analyses carried out in the West have used similar arguments to justify the purported existence of a "new Cold War". However, it is necessary to adopt a broader framework of analysis in order to overcome the historical and geographical determinism of classical Geopolitics.

Keywords:

Geopolitics, Mackinder, Kennan, Russia, Eurasia.

La geopolítica, como conjunto de teorías que explican los condicionantes geográficos en la acción de un Estado, ha sido uno de los enfoques más utilizados para el estudio de la política exterior de Rusia. Sus aportaciones siguen presentes en distintas formas en el debate, aunque a menudo descontextualizadas del momento histórico en el que fueron propuestas. Tampoco está del todo clara para el público cuál es la diferencia entre esta perspectiva y la de las relaciones internacionales, ya que ambos términos se utilizan con frecuencia como sinónimos en el lenguaje común.

Aunque las fronteras entre ambas disciplinas son hoy más difusas, con una enriquecedora influencia mutua, cada una de ellas apareció en un contexto histórico y con un propósito diferente. La geopolítica surge en el periodo de rivalidad entre imperios de la segunda mitad del siglo XIX, en el cual geógrafos como el alemán Friedrich Ratzel o el británico Halford Mackinder se proponen descubrir «leyes científicas» con las que orientar la expansión colonial de sus países¹. En cambio, las relaciones internacionales —cuyo inicio como ciencia autónoma suele situarse en la creación de la Cátedra Woodrow Wilson de Política Internacional de la Universidad de Aberystwyth, en 1919— nacen en una Europa traumatizada por la I Guerra Mundial, donde los partidarios del idealismo *wilsoniano* y del realismo político debaten sobre las causas de los conflictos armados interestatales, así como los medios más adecuados para prevenirlos.

La II Guerra Mundial tiene efectos demoledores para la geopolítica, cuya escuela alemana —creadora de conceptos como el de *lebensraum* o «espacio vital»— queda desacreditada, calificándola de «pseudociencia» al servicio del nazismo. También el prestigio de la escuela anglosajona se ve dañado: por ejemplo, la influencia de Mackinder en autores alemanes como Karl Haushofer acaba perjudicando al primero, pese a que sus obras advertían —precisamente— del peligro de una Alemania expansionista. El estudio de la geopolítica entra así en un periodo de marginación a partir de 1945².

Sin embargo, el estudio de la influencia de la geografía en la política mundial sobrevive dentro de las relaciones internacionales, especialmente en el paradigma realista

¹ Ó TUATHAIL, Gearóid, “Part 1: Introduction”, en Ó TUATHAIL, Gearóid, DALBY, Simon y ROUTLEDGE, Paul (eds.), *The Geopolitics Reader*, Routledge, Londres, 1998.

² DODDS, Klaus, KUUS, Merje y SHARP, Joanne, “Introduction: Geopolitics and its Critics”, en DODDS, Klaus, KUUS, Merje y SHARP, Joanne (eds.), *The Ashgate Research Companion to Critical Geopolitics*, Routledge, Abingdon, 2016; CAIRO, Heriberto, “La Geopolítica como ‘ciencia del Estado’: el mundo del general Haushofer”, *Geopolítica(s)*, vol. 3, nº 2, 2012, p. 343.

dominante entonces³. Más tarde, en la década de los 70, Henry Kissinger consigue recuperar el término «geopolítico» —alejado ya de connotaciones negativas— para el discurso estadounidense, dando lugar a un nuevo interés por las teorías anteriores⁴. Este resurgimiento durante la Guerra Fría explica por qué el *mainstream* de la geopolítica occidental suele ser asociado aún con los aspectos conflictivos y competitivos de las relaciones internacionales; y en particular, la estrategia de las distintas potencias para defender su seguridad e intereses.

En los últimos años, la geopolítica ha continuado su consolidación como marco de análisis, que ya no se circunscribe a los profesionales de los estudios estratégicos. Ante un mundo en el que la rivalidad por el territorio o los recursos no solo no ha desaparecido, sino que parece estar en auge, estos argumentos se han popularizado, apareciendo en numerosos medios o en obras divulgativas⁵. Por otra parte, el desarrollo de una geopolítica crítica⁶ —en paralelo al de los enfoques críticos de las relaciones internacionales— ha permitido reevaluar aquellas concepciones cuyo encaje en la realidad actual sería más difícil, como la contribución al proyecto colonialista o el determinismo geográfico de sus orígenes.

El presente trabajo pretende investigar cómo las corrientes anglosajonas de la geopolítica han influido en el análisis de la política exterior de Rusia, a partir de dos autores representativos: Sir Halford J. Mackinder (1861-1947) y George F. Kennan (1904-2005). Los primeros apartados explican la evolución de su pensamiento y el papel que otorgan a Rusia en la competición por el poder mundial. Finalmente, se evalúa el legado de sus ideas en los análisis realizados en la actualidad, así como sus limitaciones a la hora de comprender la estrategia de Moscú en un mundo globalizado.

³ Por ejemplo, Hans Morgenthau incluye la geografía o los recursos naturales entre los principales elementos que determinan el poder de un Estado y su posición frente a los demás. MORGENTHAU, Hans J., *Politics among Nations: The Struggle for Power and Peace*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1948.

⁴ HEPPLÉ, Leslie W., "The Revival of Geopolitics", *Political Geography Quarterly*, Supplement to Vol. 5, No. 4, 1986, pp. S21-S36.

⁵ Por ejemplo, KAPLAN, Robert B., *The Revenge of Geography*, Random House, Nueva York, 2013; BAÑOS, Pedro, *Así se domina el mundo: desvelando las claves del poder mundial*, Ariel, Barcelona, 2017. La Geopolítica está también presente en los planes de estudio: en España se imparte como asignatura en varias universidades, dentro del nuevo Grado en Relaciones Internacionales.

⁶ Ó TUATHAIL, Gearóid, *Critical Geopolitics: The Politics of Writing Global Space*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1996; AGNEW, John, *Geopolitics: Re-visioning World Politics*, 2ª ed., Routledge, Londres, 2003. Véase también CAIRO CAROU, Heriberto, "Geopolítica crítica", en REYES, Román (dir.), *Diccionario Crítico de Ciencias Sociales*, Plaza y Valdés, Madrid/México, 2009, disponible en http://webs.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/G/geopolitica_critica.htm. Fecha de la consulta 09.01.2018.

Mackinder: Rusia como potencia continental

El Imperio ruso y la ‘zona pivote’

El influyente artículo «El pivote geográfico de la historia» es el texto de una conferencia pronunciada en la Royal Geographical Society de Londres en 1904. Mackinder traza una ambiciosa teoría de la política internacional, que él entiende como producto de la correlación entre factores geográficos e históricos. Tras una colonización que solo había encontrado «resistencias casi insignificantes» entre los pueblos no europeos — afirmación, cuando menos, dudosa—, todo el territorio habitable del planeta se encontraba bajo la soberanía de uno u otro Estado. El mundo se había transformado así en un «orden político cerrado», sin la fragmentación de épocas anteriores entre países «civilizados» y territorios «bárbaros» aún por explorar⁷. Este orden global será el objeto de estudio de la geopolítica.

Para el autor, la identidad de las naciones europeas modernas no se había construido a partir del legado de las civilizaciones precedentes, en especial la griega y la romana, sino por oposición a identidades extranjeras: «la lucha secular contra la invasión asiática»⁸. Estas invasiones, a caballo o en camello, habrían sido facilitadas por condiciones geográficas y climáticas: las vastas llanuras que unían Asia con Europa, que estaba rodeada en sus otros frentes por mares helados al norte, desiertos al sur y un océano aún por explorar al oeste. Rusia, invadida ella misma por los mongoles, es presentada aquí como puerta de entrada de esa amenaza.

El desarrollo de la navegación permitiría a Europa occidental superar esas limitaciones, estableciendo imperios transoceánicos y privando a los pueblos asiáticos de su ventaja comparativa; la competición geopolítica, según teóricos del poder naval como Alfred T. Mahan, se había desplazado a los mares. Sin embargo, Mackinder consideraba que a principios del siglo XX la tendencia se estaba invirtiendo, y el poder terrestre había vuelto a ser clave.

⁷ MACKINDER, Halford J., “The Geographical Pivot of History”, *The Geographical Journal*, Vol. 23, No. 4, 1904, p. 422.

⁸ *Ibid.*, p. 423. No deja de ser paradójico que el autor realice esta afirmación poco después de decir que el colonialismo europeo “apenas había encontrado resistencia”; sin considerar que esta dominación extranjera podría hacer surgir identidades “nacionales” entre los pueblos colonizados, los cuales acabarían reivindicando la independencia.

La expansión del Imperio ruso hacia Siberia había incrementado drásticamente su peso geopolítico, facilitado además por el desarrollo de una nueva tecnología del transporte: el ferrocarril. Las estepas al este de Europa quedaban de nuevo unidas como espacio geográfico, pero no ya por la caballería de los pueblos asiáticos, sino por nuevas vías férreas con las que Rusia podría movilizar sus ejércitos tanto en dirección a Asia como hacia Occidente. El país emergía así de su anterior aislamiento «en los bosques del norte», creando un espacio económico propio en Siberia y Mongolia, alejadas del comercio marítimo controlado por las potencias occidentales⁹.

Este análisis histórico-geográfico, basado en muy amplias generalizaciones, lleva al autor a concluir que Eurasia —o, como la denomina él, «Euro-Asia», aproximadamente coincidente con el Imperio ruso de entonces— es la gran «zona pivote» alrededor de la cual gira permanentemente la geopolítica mundial (fig. 1). El gobierno que controle Eurasia obtendría automáticamente dos ventajas: el difícil acceso para las fuerzas navales extranjeras, y una red de ferrocarriles con la que conectar su amplio territorio.

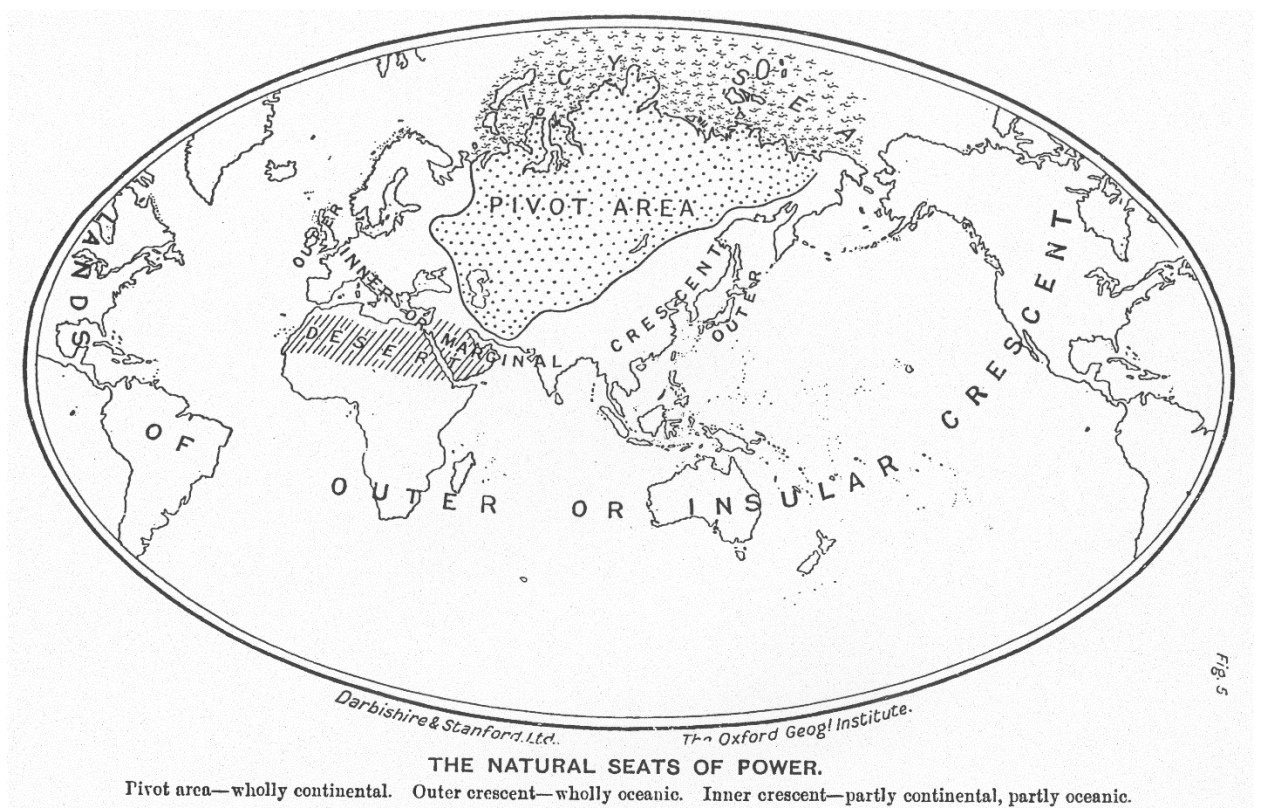


Fig. 1: La «zona pivote» de Mackinder (1904)¹⁰

⁹ *Ibid.*, pp. 433-434.

¹⁰ *Ibid.*, p. 435.

Además, la expansión territorial que había llevado a cabo Rusia le permitiría emplear nuevos recursos naturales para la construcción de barcos, convirtiéndose así en una potencia verdaderamente mundial, capaz de proyectar su poder hacia otras regiones. Impulsado inexorablemente por su geografía y el desarrollo de los transportes, el Imperio ruso emergía como el rival más poderoso —incluso más que Alemania, carente de esa ventajosa posición geográfica— para Gran Bretaña, Francia o EE. UU.

Vemos así que la descripción de Rusia como la principal amenaza global no aparece con la Guerra Fría, sino que está presente en el discurso geopolítico en una fecha tan temprana como 1904, trece años antes de la llegada de los bolcheviques al poder: «Rusia sustituye al Imperio mongol. Su presión sobre Finlandia, Escandinavia, Polonia, Turquía, Persia, India y China sustituye a los ataques centrífugos de los hombres de las estepas. Ocupa en el conjunto del mundo la posición estratégica que Alemania tiene dentro de Europa. Puede atacar en todos los frentes y ser atacada en todos, salvo el norte. Su desarrollo de una movilidad ferroviaria moderna es solo una cuestión de tiempo»¹¹.

Sin embargo, el determinismo geográfico del autor le lleva a subestimar los efectos de futuros cambios políticos que pudieran llevar a los dirigentes rusos a redefinir sus intereses: «tampoco es probable que ninguna posible revolución social altere sus relaciones esenciales con los grandes límites geográficos de su existencia»¹². Como sabemos, estos cambios sí se produjeron tras la Revolución de Octubre de 1917, existiendo partidarios de expandir el nuevo sistema al resto de Europa —como Trotski— y otros que defendían la prioridad de consolidar el «socialismo en un solo país», como Stalin, cuya posición se acabaría finalmente imponiendo.

Más adelante, el establecimiento de un bloque de países satélites a partir de 1945 solo puede entenderse por el impacto de la invasión alemana de la URSS en las percepciones de amenaza del Kremlin, que le llevaron a imponer una *buffer zone* o «zona tapón» en Europa Oriental. En cualquier caso, no parece que se tratara de una consecuencia inevitable de la geografía o de la historia de los siglos anteriores, donde la URSS actuase como sucesora directa de las invasiones mongolas.

¹¹ *Ibid.*, p. 436.

¹² *Ibid.*

La unión germano-rusa y el dominio de Eurasia

La I Guerra Mundial lleva a Mackinder a reformular sus teorías para incluir de forma más explícita el papel de Alemania como potencia expansionista. No obstante, la «zona pivote» de Eurasia, y Rusia como centro de ella, seguirá siendo el espacio geopolítico central.

En «El pivote geográfico de la historia» ya se había expuesto el peligro de una futura unión germano-rusa, mediante la cual Alemania podría superar las limitaciones de su territorio y aprovechar las ventajas estratégicas de la masa continental eurasiática, que le otorgaría la supremacía frente a las potencias navales occidentales. Solamente mediante una «presión concertada» de los Estados de la periferia de Eurasia —como Francia, Italia, Egipto, India o Corea— se podría obligar a las fuerzas ruso-alemanas a mantener un amplio despliegue terrestre, evitando así que pudieran concentrarse en desarrollar sus capacidades navales¹³. Aquí encontramos un claro antecedente de lo que más tarde sería la política estadounidense de «contención» de la URSS.

La estrategia de Hitler —quien había tenido como asesor al teórico de la geopolítica Karl Haushofer, seguidor a su vez de Mackinder— pareció obedecer inicialmente estas indicaciones, tomándolas como un plan para establecer la hegemonía alemana en el mundo. Una vez firmado el Pacto de No Agresión con la URSS en 1939, el III Reich pudo centrarse en invadir Francia y atacar Gran Bretaña. Sin embargo, las consideraciones estratégicas de Hitler estuvieron siempre subordinadas a sus ideas racistas: para él, el verdadero enemigo de una potencia continental como Alemania no eran Gran Bretaña o EE. UU., sino los pueblos que la ideología nacionalsocialista consideraba «inferiores». Así, la decisión de invadir la URSS dos años más tarde se debió al odio hacia un país «en manos del bolchevismo judío», y a la supuesta necesidad de «espacio vital» del III Reich; no tanto a que Eurasia fuese una «zona pivote» decisiva para el control del mundo¹⁴. Sin embargo, la conquista de la URSS —de haberse completado— podría haber llevado a la unificación del espacio geográfico continental en manos de Berlín, contra la que había advertido Mackinder.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ Ó TUATHAIL, “Part 1: Introduction”, *op. cit.*, pp. 22-23.

Europa del Este y el control del ‘Heartland’

La idea de Eurasia como «pivote» se amplía en el libro *Democratic Ideals and Reality*¹⁵, con el que el autor trata de influir en las negociaciones de paz de Versalles que se estaban produciendo entonces. Empleando de nuevo una combinación de geografía física y narración histórica, expone su visión de Europa, Asia y África —masas terrestres unidas entre sí, y conectadas por el desarrollo de los transportes— como una gran «isla mundial»; mientras que los demás continentes serían meras islas periféricas. Si algún día una gran parte de la «isla mundial» se unificara políticamente y pudiera desarrollar capacidades navales, sería imbatible frente a otras «islas» como EE. UU.¹⁶ En esa inevitable competición por el poder entre potencias marítimas y continentales, el autor considera que las segundas cuentan con una ventaja geográfica decisiva¹⁷.

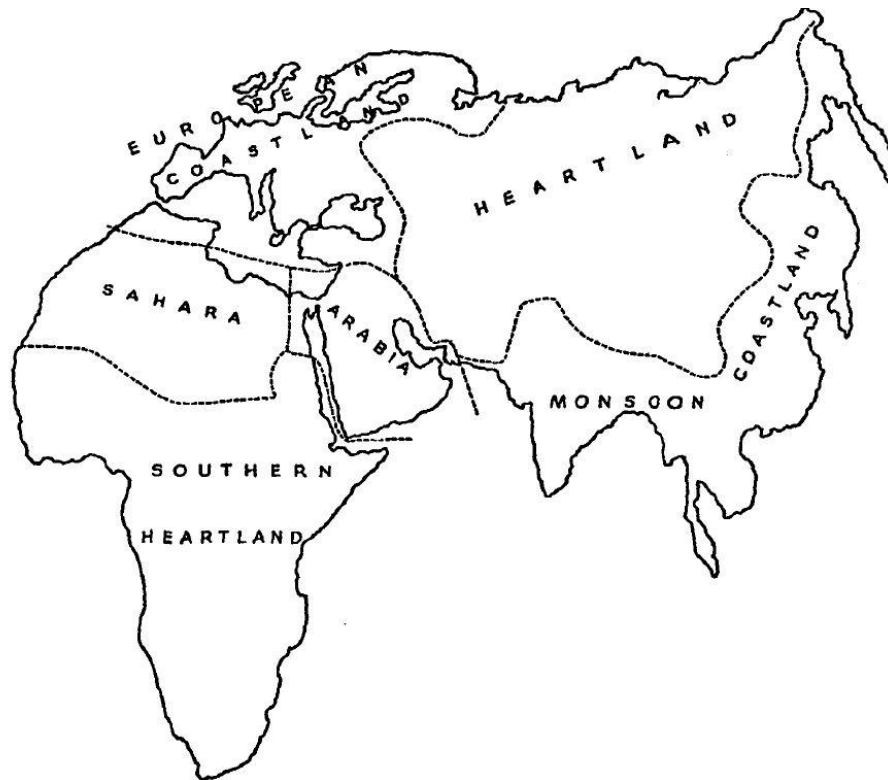


Fig. 2: La «isla mundial» de Mackinder, dividida en sus «regiones naturales» (1919)¹⁸

¹⁵ MACKINDER, Halford J., *Democratic Ideals and Reality: A Study in the Politics of Reconstruction*, National Defense University Press, Washington, 1996.

¹⁶ Entre las principales debilidades de la concepción de Mackinder, está la de ignorar la capacidad de EE.UU. de convertirse en una potencia mundial; así como su falta de previsión ante futuros cambios tecnológicos —como el desarrollo de la aviación o los misiles intercontinentales— que dejarían obsoleta su concepción terrestre del poder.

¹⁷ MACKINDER, *Democratic Ideals and Reality*, op. cit., pp. 46-51.

¹⁸ *Ibid.*, p. 59.

Ese macrocontinente de la «isla mundial» tendría a su vez una región o «corazón continental» (*Heartland*), coincidente de forma aproximada con la «zona pivote» descrita con anterioridad (fig. 2). Esa región sirve de unión entre el espacio europeo y árabe, mientras que está separada de los otros espacios por obstáculos naturales como el desierto del Sahara o el Himalaya. Además, el desarrollo de los transportes había continuado unificando la masa continental: al ferrocarril se sumaban ahora el avión y el automóvil. Desde el *Heartland* se podría cerrar el acceso al mar Báltico y el mar Negro mediante fuerzas terrestres y submarinos, impidiendo así la entrada de fuerzas navales enemigas¹⁹.

El escenario más temible para Mackinder sería que Alemania consiguiera superar su derrota en la I Guerra Mundial y estableciera una alianza con la Rusia soviética, que diera lugar a una Europa del Este unida frente a Gran Bretaña, Francia o EE. UU. Esto era posible porque el límite occidental del *Heartland* atravesaba precisamente Alemania; de forma que la parte oriental de su territorio, junto con Austria, habría conformado históricamente un mismo espacio cultural y geográfico con Rusia y las demás naciones eslavas (fig. 3).



Fig. 3: División Este-Oeste de Europa, según Mackinder (1919)²⁰

¹⁹ *Ibid.*, pp. 74-80.

²⁰ *Ibid.*, p. 87.

También podía llegarse a esa unión germano-rusa por la fuerza: así, si en la Gran Guerra Alemania hubiera concentrado toda su ofensiva en invadir Rusia, habría conseguido tener todo el *Heartland* bajo su control, y con ello establecer un imperio global con una clara superioridad estratégica frente a las demás potencias²¹. Por tanto, según este autor, el único escenario futuro aceptable para Europa Occidental sería mantener el equilibrio de poder entre los pueblos germánicos y eslavos; de forma que ninguna de esas dos partes pudiera conquistar a la otra, y ambas preservaran su independencia mutua sin tampoco aliarse entre ellas²².

Kennan: la expansión de la influencia ruso-soviética

El ‘largo telegrama’ y las bases de la política de contención

La influencia de autores como Mackinder no desaparece del todo tras la II Guerra Mundial, aunque existieran recelos a reconocer su herencia²³. Al igual que la geopolítica clásica, el enfoque realista de las relaciones internacionales percibe el mundo como una continua competición entre potencias; sin embargo, el “interés nacional” —definido como la ambición de poder innata, supuestamente, a la especie humana— reemplaza ahora a la geografía como principal variable explicativa²⁴.

Un ejemplo es el famoso análisis de las intenciones soviéticas que el diplomático George Kennan, destinado en la embajada en Moscú, envía en un «largo telegrama» a sus superiores en el Departamento de Estado en 1946²⁵. Su formación como historiador le hace buscar —igual que Mackinder— tendencias en el pasado para predecir las nuevas aspiraciones de la URSS. En cambio, los factores estrictamente materiales en los que

²¹ Este es el sentido de la máxima enunciada en la misma obra, y que resume su argumento principal: “Quien gobierna Europa del Este, controla el *Heartland*. Quien gobierna el *Heartland*, controla la Isla Mundial. Quien gobierna la Isla Mundial, controla el mundo”. *Ibid.*, p. 106.

²² *Ibid.*, pp. 90, 106.

²³ Otros teóricos de la geopolítica influyen también en la estrategia estadounidense de ese momento. Entre ellos destaca Nicholas Spykman, que modifica las ideas de Mackinder para enfatizar la importancia de la periferia del *Heartland* —el *Rimland*, o arco que se extiende desde las costas de Europa a las de Asia— como la región geoestratégica decisiva para contener a las potencias continentales. Sin embargo, como hemos visto, la idea de “contención” de Rusia ya estaba presente en el propio Mackinder. Véase TAIBO, Carlos, *La Rusia contemporánea y el mundo. Entre la rusofobia y la rusofilia*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2017, pp. 127-129.

²⁴ MORGENTHAU, *op. cit.*

²⁵ “George Kennan’s ‘Long Telegram’”, *op. cit.* El telegrama original era secreto, pero dada la favorable acogida decidió publicar una nueva versión al año siguiente, bajo pseudónimo: “X” [KENNAN, George F.], “The Sources of Soviet Conduct”, *Foreign Affairs*, July 1947.

se había centrado la geopolítica clásica, como la extensión del territorio o sus infraestructuras de transporte, se ven desplazados por la importancia de la ideología y la psicología de la élite dirigente.

Hasta entonces, las advertencias de Kennan sobre la emergente amenaza soviética no habían sido bien recibidas por la Administración Truman, donde algunos todavía eran partidarios de mantener una relación pragmática con Stalin. Sin embargo, las maniobras del Kremlin para establecer gobiernos comunistas en Europa Central y Oriental parecían estar dándole la razón. El impacto político de su «largo telegrama» se explica por esa creciente preocupación entre los líderes occidentales: solo once días después, Churchill afirma en su famoso discurso de Fulton (Missouri) que «desde Stettin en el Báltico a Trieste en el Adriático, un telón de acero ha caído a lo largo del continente»²⁶.

Kennan considera que los líderes soviéticos no actúan movidos por un exceso de confianza en sus propias fuerzas, como podría esperarse de una potencia que dominaba tanto el *Heartland* como Europa del Este, tras la derrota de Alemania. Por el contrario, Moscú mantiene una «visión neurótica» del mundo, derivada de la «tradicional e instintiva sensación rusa de inseguridad». Las raíces de este temor se encontraban, precisamente, en su geografía: amplias llanuras expuestas a la invasión de los pueblos vecinos, sin grandes obstáculos naturales que actúen como barrera. En cuanto al desarrollo interno, el atraso secular de Rusia frente al resto de Europa no había desaparecido con la economía planificada, a pesar de los avances industriales y tecnológicos²⁷. Los mismos factores que para Mackinder proporcionaban una ventaja comparativa, aparecen aquí como vulnerabilidades.

En consecuencia, las ambiciones de Moscú en la Guerra Fría que estaba comenzando, no consistían en ampliar más aún sus fronteras, continuando las oleadas expansivas de los pasados siglos. Se trataba, en cambio, de mantener su precario dominio sobre el territorio de la URSS creando una barrera de países satélites en su periferia, para aislar al régimen soviético de una influencia occidental contra la que no se veían capaces de competir en condiciones de igualdad. Una vez asegurado su propio bloque, Moscú seguiría intentando debilitar a largo plazo a los países capitalistas, pero con maniobras fundamentalmente políticas y propagandísticas: difundir la ideología comunista y

²⁶ "The Sinews of Peace ('Iron Curtain Speech')", 5 de marzo de 1946, disponible en <https://www.winstonchurchill.org/resources/speeches/1946-1963-elder-statesman/the-sinews-of-peace/>. Fecha de la consulta 17.01.2018.

²⁷ "George Kennan's 'Long Telegram'", *op. cit.*

denunciar las desigualdades sociales, la discriminación racial o el colonialismo del bloque occidental.

Ante esta expansión de la influencia soviética, las recomendaciones del «largo telegrama» se inscriben plenamente en el paradigma del realismo político. La competición entre bloques se ve como inevitable, pero está guiada por una cierta racionalidad, que no es la de los argumentos sino la de la comparación de fuerzas entre rivales. Por tanto, la disuasión será un mecanismo suficiente para frenar esta amenaza: «si el adversario [Occidente] tiene fuerza suficiente y deja claro que está dispuesto a usarla, raramente tendrá que hacerlo. [...] Comparados con el conjunto del mundo occidental, los soviéticos son con diferencia la fuerza más débil»²⁸.

Sin embargo, Kennan no cree que un ataque directo a Occidente esté en los planes soviéticos: para él, la URSS se diferenciaba de la Alemania de Hitler por ser reacia a lanzarse a aventuras militares²⁹. Como recalcó cuatro décadas más tarde, la destrucción en la que quedó sumida la URSS al final de la II Guerra Mundial hacía «imposible que Rusia me pareciera una amenaza militar» en el momento en el que formuló sus propuestas: «Es cierto que se atribuía a la Unión Soviética [...] la capacidad de invadir Europa Occidental con sus fuerzas restantes, si lo deseaba. Pero yo consideraba exagerados esos cálculos (y aún lo hago); y estaba convencido de que había un riesgo muy pequeño de que algo así ocurriera. [...] Así que cuando usé la palabra ‘contención’ en relación con ese país en 1946, lo que tenía en mente no era en absoluto evitar la clase de amenaza militar de la que se habla hoy»³⁰.

La contención de la URSS que recomienda entonces Kennan se limita, así, a mantener el equilibrio de poder en Europa y en algunos otros puntos estratégicos para el equilibrio de poder global, como el Mediterráneo, Oriente Medio y Japón. En todo caso, no considera que el factor decisivo de esa contención fuera el militar; sino la competición política, económica y psicológica con la URSS, incluyendo las operaciones de inteligencia. Para él, ni siquiera la victoria en una hipotética III Guerra Mundial acabaría

²⁸ Esta diferencia de poder se reducirá cuando la URSS desarrolle armas nucleares tres años más tarde, en 1949. No obstante, también la estrategia soviética se basará en la disuasión, con el objetivo primordial de garantizar la supervivencia del régimen comunista.

²⁹ “George Kennan’s ‘Long Telegram’”, *op. cit.*; GADDIS, John Lewis, *Strategies of Containment: A Critical Appraisal of American National Security Policy during the Cold War*, ed. revisada, Oxford University Press, Oxford, 2005, pp. 33-34.

³⁰ KENNAN, George F., “Containment Then and Now”, *Foreign Affairs*, Spring 1987, p. 886.

con el conflicto subyacente: a menos que se exterminase a todas las poblaciones enemigas, sus demandas y aspiraciones se mantendrían³¹.

Por este motivo, Kennan se mostró muy crítico hasta su fallecimiento con la interpretación que se había realizado de sus palabras, utilizadas por sucesivas Administraciones para justificar la carrera de armamentos o intervenciones como la de Vietnam, a la cual él se opuso³². Al terminar la Guerra Fría, tampoco dudó en calificar de «error fatídico» la ampliación de la OTAN hasta las fronteras de Rusia; una decisión que él consideraba innecesaria tras el fin de la amenaza comunista, y que contribuiría únicamente a inflamar el nacionalismo antioccidental en la opinión pública rusa, entorpeciendo sus tímidos avances hacia la democracia³³.

Conclusiones: el legado de Mackinder y Kennan en los análisis sobre Rusia

Pese al diferente contexto histórico en el que escriben, podemos encontrar ciertos puntos comunes entre los dos autores que hemos tratado:

- Existe una acusada tendencia en la geopolítica clásica a destacar factores estructurales —muy duraderos y aparentemente resistentes a los cambios— como explicación del comportamiento de Moscú: por ejemplo, los antecedentes históricos, la geografía física o el tipo de régimen. Por el contrario, se olvida que cada uno de sus líderes ha contado con un amplio margen de actuación para adaptarse a las oportunidades y transformaciones del entorno; lo que ha dado lugar a numerosos cambios de rumbo en la política exterior, incluso durante un mismo mandato.
- Se asume que el Estado ruso sigue siendo un actor internacional plenamente autónomo, capaz de disponer con libertad de su propio territorio y recursos para competir con Occidente. Pero ese concepto *westfaliano* de la soberanía hace tiempo que ha entrado en crisis: la Rusia del siglo XXI está inserta en una economía global

³¹ GADDIS, *op. cit.*, pp. 29, 38, 47.

³² KENNAN, “Containment Then and Now”, *op. cit.*; WEINER, Tim y CROSSETTE, Barbara, “George F. Kennan Dies at 101; Leading Strategist of Cold War”, *The New York Times*, 18 de marzo de 2005, disponible en <http://www.nytimes.com/2005/03/18/politics/george-f-kennan-dies-at-101-leading-strategist-of-cold-war.html>. Fecha de la consulta 22.01.2018.

³³ KENNAN, George F., “A Fateful Error”, *The New York Times*, 5 de febrero de 1997, p. 23. Kennan advirtió también por carta al vicesecretario de Estado Strobe Talbott, encargado de la política hacia Rusia en la Administración Clinton. Sin embargo, éste se mostró confiado —injustificadamente, a la vista de los acontecimientos posteriores— en que el diálogo sería suficiente para calmar los recelos de Moscú. TALBOTT, Strobe, *The Russia Hand: A Memoir of Presidential Diplomacy*, Random House, Nueva York, 2003, pp. 231-232.

que la hace depender, por ejemplo, de los clientes de sus exportaciones o los inversores en sus infraestructuras. Esto lleva al Kremlin a intentar mantener la confrontación dentro de ciertos límites, evitando que se produzca una ruptura completa de relaciones que les haga caer en el aislamiento.

- La competición por el poder se entiende como consustancial a la política internacional, en línea con la visión *hobbesiana* del realismo: las rivalidades entre las potencias de hoy serían herederas, en mayor o menor medida, de las de los antiguos imperios. Este énfasis en la dimensión conflictiva puede hacer pasar por alto los aspectos cooperativos que coexisten, a veces incluso simultáneamente, con el enfrentamiento. Por otra parte, la división estricta del mundo en potencias o «polos» —cada uno de ellos, con su área geográfica de influencia— ya no se ajusta del todo al escenario actual, con un poder mucho más difuso y fragmentado, que hace imposible mantener la influencia exclusiva sobre un territorio.

Sin embargo, las diferencias entre ambos también son claras. Mackinder y Kennan pueden representar, de hecho, a dos grandes «escuelas» o corrientes de análisis geopolítico que siguen existiendo hoy en el debate sobre Rusia.

Los herederos de Mackinder se inspiran en la idea de *hegemonía* para entender a Moscú. Desde este punto de vista, la variación en sus capacidades —y no sus intenciones, que al ser por defecto agresivas pueden tomarse como una constante— es lo que produce cambios en su comportamiento. Por ejemplo, el intervencionismo militar de Putin se explicaría por la recuperación económica bajo su mandato; en comparación con la etapa de Yeltsin, en la que la crisis interna obligó al Kremlin a mantener una actitud inicialmente más dialogante. En cualquier caso, el expansionismo imperial o neocolonial estaría en su propia naturaleza, impulsado por la ventaja geográfica que le otorga su territorio en dos continentes y por el peso inexorable de su historia. Para Occidente, el peor escenario sería la unión duradera de Rusia con otra gran potencia —ya no Alemania, como temía Mackinder, sino probablemente China—; lo que acabaría inclinando la balanza de la competición mundial en su favor.

Por su parte, los seguidores de las tesis originales de Kennan —no tanto de su aplicación por la Administración estadounidense— consideran que la idea de *supervivencia* es la clave para interpretar las intenciones rusas. Moscú ha sido siempre consciente de la debilidad de su control sobre las numerosas regiones y grupos étnicos que conforman el país; así como sobre sus largas fronteras, que lo hacen vulnerable frente a amenazas

militares o terroristas. En el ámbito interno, sus dirigentes dependen de pactos entre los distintos sectores de la burocracia estatal para autoperpetuarse en el poder, en un equilibrio muy precario donde la sociedad civil es la gran ausente. En el exterior, su capacidad de atracción (*soft power*) se ve muy limitada, al carecer de una ideología o modelo de alcance universal como lo fue el marxismo-leninismo. Por tanto, aunque la Rusia postsoviética siga siendo un régimen no democrático, ya no representa una amenaza existencial para los sistemas occidentales. Una nueva «política de contención» militar sería hoy contraproducente, pues solo serviría para alentar las mismas tendencias agresivas que se intenta prevenir³⁴.

Este segundo enfoque no ignora los desafíos que supone la relación con Rusia, pero mantiene una actitud más prudente y atenta a los cambios históricos, evitando trasladar directamente las estrategias del pasado a las nuevas realidades. En un mundo globalizado ya no es posible una guerra fría que aisle a un bloque de otro; sin embargo, la inercia del conflicto bipolar sigue estando muy presente en el subconsciente de los líderes, tanto en Occidente como en el Kremlin.

La verdadera amenaza procedente de Rusia ya no es que pueda alcanzar la hegemonía global —ni siquiera regional—, sino sus propias obsesiones y debilidades: la paranoia frente a enemigos reales o imaginarios, su sensibilidad ante cuestiones de estatus y prestigio, sus intereses electoralistas, o los simples errores de cálculo de una élite poco acostumbrada a la rendición de cuentas. Todos estos factores pueden provocar una escalada que acabe dando lugar al uso de la fuerza, como ocurrió en Georgia en 2008 o en Ucrania a partir de 2014. Sin embargo, Rusia no está condenada por su historia o su geografía a mantener para siempre este comportamiento; una nueva generación de líderes que sepa aprender de los errores del pasado podría evitar repetirlos.

*Javier Morales Hernández**

*Profesor de Relaciones Internacionales, Universidad Europea
Codirector del Grupo de Estudios de Europa y Eurasia (GEurasia)*

³⁴ En palabras del profesor Richard Sakwa, “al final, la existencia de la OTAN acabó siendo justificada por la necesidad de gestionar las amenazas a la seguridad que había provocado su propia ampliación. Los antiguos países del Pacto de Varsovia y del Báltico entraron en la OTAN para reforzar su seguridad, pero al hacerlo crearon un dilema de seguridad para Rusia que debilitó la seguridad de todos”. SAKWA, Richard, *Frontline Ukraine: Crisis in the Borderlands*, I. B. Tauris, Londres, 2005, p. 4.